



## ¿SE DESPLOMAN NUESTRAS CREENCIAS?

ESCRIBE

JAIME YBARRA

Cada vez son más los que nos intentan convencer del fuerte desarraigo que está ocurriendo en nuestra sociedad de lo que ellos definen como el "fenómeno religioso". Para que aceptemos su argumentación no escatiman en sacar a la luz estadísticas, grandes cifras de las que pocas veces señalan su origen, o cuál ha sido el muestreo que les ha conducido a semejante conclusión. Lo triste es que, a pesar de la pobreza del estudio, lo aceptamos como bueno.

¡Como no iba a ser así! Estamos tan enseñados –tan mal enseñados– a que el pensamiento de cada uno de nosotros como persona individual, no vale nada si no coincide con el pensamiento generalizado del grupo más agresivo de otras personas, que hemos aprendido a callar. Callar para no "ser señalados" –manera muy sutil de decir no "ser ultra-



jados"– o, en cualquiera de los casos, callar para seguir siendo medianamente aceptados.

Pero llega un momento en que una realidad, por pequeña que sea, se manifiesta para que empecemos a hacernos preguntas en contra de aquellos ilustrados de la negación del "fenómeno religioso".

La realidad de la que les hablo es la de la Semana Santa española, y la de su singularidad con las numerosas procesiones que transcurren por toda su geografía. Sea ciudad grande o pueblo pequeño, sus calles se llenan de silencio, de respeto y, por qué no, de fervor. Al menos esta sensación es la que, en opinión de muchos visitantes foráneos y también de lugareños de la zona, nos transmiten.

Si tengo que ser justo, he de decir que también existe la opi-

nión de que estos desfiles de Semana Santa no son más que una manifestación de tradiciones y folclore popular; con lo que coloca a los asistentes en meros comparsas o espectadores, según el lado que ocupemos de ese gran escenario que dicen se convierten nuestras calles.

Sea cual sea el parecer que cada uno de estos dos grupos esgrime ante la manifestación popular y callejera de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en ambas la fenomenología de lo religioso existe. En un caso desde el recogimiento y el fervor, y en el otro desde la manifestación artística y piadosa de una creencia religiosa. Llegado a este punto empiezan mis preguntas:

¿Dónde la negación efervescente del "fenómeno religioso"?

¿Qué ocultan detrás de esa





rimbombante y poco explícita negación?

¿Es acaso la negación de Dios?

¿O, quizás, la negación de Jesucristo?

O, como estas dos primeras negaciones se les hacen muy grandes, ¿están negando la doctrina de Cristo?

Como son muchos los cristianos, atacan a los menos maleables, los católicos. ¿Están negando al catolicismo?

O, y para simplificar, ¿lo que están negando es nuestra capacidad de tener un sentimiento religioso auténtico?

Pensaba alguien en voz alta y con muchas ganas de reírse de todo y de todos, que la auténtica definición del ser humano no es la de: "Un ser inteligente", sino que había que ampliarla para dejarla en: "Un ser inteligente con patas". Se justificaba aduciendo que la inteligencia solo nos servía para salir corriendo al analizar cómo está todo lo que nos rodea. No me negarán que estos "antropólogos-filósofos" de andar por casa son muchísimas veces los más directos en llevarnos a la verdad utilizando solo cuatro palabras, una alta dosis de realismo y un poco de comicidad, que buena falta nos hace.

Hay una cierta tendencia a la vanidad y a la falta total de modestia en todos aquellos que creen que al presentarnos "su pensamiento", lo hacen más creíble utilizando el mayor número de palabras posibles. No digamos nada si esas palabras demuestran además ilustración. ¡Ay! de la utilización de las palabras para adormecer inteligencias ajenas. Realmente a lo que llevan es a una interpretación errónea cuando no a un engaño.

Recuerdo que, siendo muy joven, en esos años en que se nos inculcan las creencias, visité en la actual Roma los múltiples vestigios que nos quedan de aquella fastuosa civilización del imperio romano, terminando el recorrido turístico con una bajada a las catacumbas. El guía nos previno de que intentáramos no separarnos mucho de él, no fuera que alguno, al quedarse rezagado, pudiera perderse entre las intrincadas galerías excavadas en el suelo.

Por primera vez en toda la visita a las ruinas de la Roma imperial sentí una emoción verdadera al caminar por esas galerías subterráneas y, tontamente, me que-

dé rezagado recordando las primeras palabras del guía al iniciar la visita. "En estas catacumbas venían los primeros cristianos a esconderse de la persecución romana". Sin embargo, en aquella oquedad excavada en el subsuelo de Roma, posiblemente una de las primeras capillas para la oración, entendí por primera vez que allí ningún cristiano bajaba a esconderse, sino todo lo contrario. Allí bajaban para encontrarse entre ellos mismos y por tanto con Cristo.

Dos palabras y el pensamiento cambia radicalmente: "Bajaban a esconderse de...." o "Bajaban a encontrarse con...". Dos palabras, y ya no es necesario ni que el intelectual ilustrado nos "enseñe" cómo estamos perdiendo nuestras creencias religiosas, ni que las "patas" de nuestro cerebro nos inviten a salir corriendo.

Quizás la única realidad saldrá a la luz cuando nos cansemos del juego a escondernos, y volvamos a buscar el encuentro con Cristo. Nuestros primeros hermanos en la Fe lo hicieron, y veintiún siglos después su experiencia ha servido de ejemplo continuo. 

